



**Vicente Pardo**  
profesor de FP  
enseña de Formación  
Profesional en el IES Joan  
Fuster de Sueca (Valencia).  
Para él, el secreto consiste en  
disfrutar de su trabajo en la  
enseñanza y de transmitir a  
los estudiantes su pasión

Si hay un colectivo profesional en el que, a juzgar por los medios de comunicación, está instalado el pesimismo es el de la enseñanza. ¿Se pueden encontrar profesores optimistas? Haberlos, los hay. Y probablemente muchos más de los que pensamos

**Texto** Antonio Ortí

# PROFESORES OPTIMISTAS



# enfamilia

Hay quienes creen que pensar en positivo es estar ciego ante la realidad y que el pesimismo, en consecuencia, supone una posición intelectual superior. Planteado en estos términos, el mundo se divide en dos bandos: los que ven la botella medio llena y los que hace tiempo que dejaron de ver el recipiente o que, como Woody Allen, ven la botella medio llena, pero de veneno...

Ahora bien, si se trata de elegir, es mejor ser optimista. Es verdad que los pesimistas están mejor preparados para anticiparse a un eventual fracaso, pero darse por vencido nunca es una solución en sí misma. “Al final, ser optimista es casi la única estrategia para solventar cualquier dificultad y no caer en la autodestrucción. Cuando surge un problema y no se tiene la voluntad de solucionarlo, no tiene solución”, reflexiona Pablo Fernández Berrocal, catedrático de Psicología en la universidad de Málaga y autor de *Corazones inteligentes* (ed. Kairós).

¿Asumen esta filosofía de vida los profesores? En principio, no hay ninguna otra profesión en la que la que se suscriba con tanto convencimiento

la ley de Murphy en cualquiera de sus variantes: “todo lo que va mal es susceptible de empeorar”. La duda es si, efectivamente, son mayoría los maestros que están desmotivados, descontentos, desbordados o cualquier otra palabra que empiece por “des”, o si también hay docentes optimistas, que se divierten con su trabajo y siguen teniendo proyectos.

Pilar Teruel se decanta por la segunda alternativa. Esta doctora en Psicología imparte clases en la facultad de Educación de la Universidad de Zaragoza y se dedica a formar a futuros profesores. “Aunque la teoría es una cosa y la práctica otra”, dice, “estoy bastante de acuerdo en que sin optimismo la tarea educativa perdería su sentido más hondo. Es imposible que pueda educar alguien que ha perdido la esperanza en sí mismo y en el ser humano con el que trabaja”.

Por este motivo, no sorprende su tono de voz juvenil y también que sus referentes sean personas que comparten su visión positiva de la enseñanza, como el pedagogo londinense Guy Claxton, al que cita en dos ocasiones: “hasta el agua tarda en

ser digerida” y “sea lo que sea lo que se enseñe, se enseña la propia personalidad”. En opinión de Guy Claxton, “si los profesores no saben en qué consiste el aprendizaje y cómo se produce, tienen las mismas posibilidades de favorecerlo que de obstaculizarlo”, según puede leerse en su libro *Vivir y aprender* (Alianza Editorial).

Puede que algo de ello esté sucediendo en la actualidad a tenor del creciente número de educadores que reconocen estar quemados y del alto porcentaje de alumnos que fracasan con sus estudios. Según un informe de la Comisión Europea, España es el tercer país de Europa con mayor tasa de abandono escolar. Asimismo, los estudiantes españoles son los terceros que más repiten curso en enseñanza obligatoria.

A partir de aquí, el camino se bifurca en dos senderos. El primero es el que parecen haber tomado muchos profesores que comenzaron siendo optimistas y que han acabado cayendo en la desidia y en una actitud casi funcionarial: llegan, dan clase y se marchan por donde han venido, sin dedicar a su trabajo ni un minuto



## LOS ALUMNOS VALORAN UN MÉTODO DE ENSEÑANZA DINÁMICO Y PRÁCTICO

**Sergio Calsamiglia**

**Profesor universitario**

Enseña Producción Animal en la facultad de Veterinaria de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Cree que hay que huir del modelo de las clases magistrales para motivar a los estudiantes... y motivarse



GEMMA MIRALDA

### ¿CÓMO SE RECONOCE A UN PROFESOR OPTIMISTA?

La facultad de Educación de la Universidad de Zaragoza sometió esta pregunta a la consideración de algunos

alumnos que estudian para ser educadores. El resultado es un documento de 47 páginas que proporciona unas pistas para detectar estas personas. A continuación, van algunas: **“un profesor optimista disfruta con su trabajo y, por lo tanto, al ir contento a trabajar, tiene los rasgos**

**faciales relajados e inspira simpatía y confianza. Se le conoce por sus movimientos que suelen ser fluidos, espontáneos, muy suaves”** (Ana Lorente, 18 años); **“es quien hace sentir a los alumnos de principio a fin como en un cuento: te trasmite, te contagia, te toca, te intriga con lo que**

**va a ocurrir, ríe, llora... pero sobre todo te enseña a aprender”** (Ana Bona, 25 años); **“el optimista sabe sacar lo bueno de cada problema que surge en el aula, relacionándolo con la vida real e intentando conseguir la felicidad día a día, y no como si fuese una meta a largo plazo”** (Sandra

Fernández, de 21 años); **“es quien intenta que sus alumnos no sean sólo un número, sino personas con cara, nombre y apellidos”** (Sara Ortega, 21 años); **“se levanta por las mañanas sonriendo, pensando en los alumnos y en cómo sacar lo mejor de ellos”** (Alba García, 19 años); **“no deja de lado**

**a aquellos que considera que no pueden sacar adelante su asignatura”** (Laura Bañeres, 23 años); **“no se rinde nunca”** (Silvia Escalona, 18 años) y **“desinteresadamente se sigue preocupando de sus alumnos fuera de la escuela para seguir ayudándolos”** (Sara García, 18 años).

► más de lo estrictamente necesario.

El otro camino es el que han elegido los educadores que siguen creyendo que su trabajo es el mejor del mundo. De algún modo, su ejemplo recuerda al de aquella pequeña aldea gala que resistió siempre al invasor (en este caso, al pesimismo), sólo que en lugar de recurrir a la poción mágica de Astérix se inspiran en las enseñanzas de otros druidas menos conocidos, como, por ejemplo, en Rafael Bisquerra, catedrático de Orientación Psicopedagógica de la Universidad de Barcelona.

“Me pregunta usted por donde le aconsejaría empezar a alguien que quisiera instalarse en el optimismo pedagógico. En primer lugar intentaría que esa persona tomase conciencia de que la profesión de educador es una de las más dignas y honrosas que puede haber, ya que implica trabajar por un mundo mejor y también para que los propios alumnos puedan construir su propio bienestar y felicidad”, declara el autor de *Educación emocional y bienestar* (ed. CissPraxis).

“En realidad –prosigue– motivos para adoptar una actitud negativa siempre van a sobrar. Pero

eso es lo fácil. Lo que tiene valor y en algunos casos puede llegar a ser heroico es adoptar una actitud positiva, a pesar de todo”, indica tras alertar de la necesidad de desarrollar competencias emocionales de cara a no perder el entusiasmo y la entrega que exige una actividad como la docencia.

Llega el momento, pues, de presentar a algunas heroínas y héroes anónimos. Por ejemplo, a Luisa García-Casarrubios, una valenciana de 38 años que imparte clases en el IES Beatrú Civera del barrio del Cristo, en Aldaya, una localidad a 8 kilómetros de Valencia.

A juicio de los profesores que la conocen, Luisa podría ser el prototipo de profesora optimista. “Lo primero para serlo es que te encante tu trabajo. Quienes eligen la docencia por el sueldo, la seguridad y las vacaciones comenten un error garrafal, ya que son demasiadas horas como para trabajar en algo que no te gusta. Al final, acabas amargándote y amargando a quienes te rodean”, manifiesta García-Casarrubios, dando a entender la necesidad de confrontar la vocación con el espejo.

Luego, Luisa explica que la enseñanza secundaria viene a ser algo así como la prueba del algodón. De un lado, los adolescentes necesitan enfrentarse a los adultos para reafirmar su personalidad. Por si fuera poco, muchos de ellos están en plena explosión hormonal por lo que sus referentes no son Luis Vives o Francisco Ferrer Guardia, sino Lady Gaga, Justin Bieber y otros *intelectuales* parecidos. Finalmente, las chicas y chicos que tienen entre 14 y 18 años se sienten *prisioneros* o *rehenes* de la enseñanza obligatoria.

Una vez aclarado que “no hay peor error que tomarse como algo personal las quejas de un adolescente”, Luisa detalla la necesidad de sobreponerse a las dificultades que se presentan a cada minuto, especialmente cuando se trabaja con alumnos que están más pendientes de su perfil en Facebook que de lo que se explica en la pizarra.

“A mi me funciona tratarles con cariño y permitir que se expresen. Eso significa interesarte por cómo se lo han pasado en Fallas, hacerles alguna pregunta si no hacen buena cara y saludarles cuando los ves por la calle. El problema es cuando un profesor encuentra odiosos a sus alumnos”,



**Luisa García-Casarrubios**  
profesora secundaria  
imparte clases en el IES  
Beatriu Civera en Alcaya  
(Valencia). Para sus alumnos  
representa el prototipo de  
profesora optimista

**Rosa Mota**  
profesora para adultos  
enseña francés a inmigran-  
tes y mayores en la Univer-  
sidad Popular de Valencia.  
Para ella, prevalecen las  
personas sobre el temario

## ¿ES PESIMISTA LA MAYOR PARTE DEL PROFESORADO?

En opinión de los propios profesores, no. Sin embargo, cuando se plantea la cuestión a los alumnos la respuesta es muy diferente. Pilar Teruel, profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Zaragoza, tuvo el coraje de formular la pregunta a un grupo de estudiantes de Psicología de la Educación y publicó los resultados, citando el nombre y omitiendo los apellidos, en un excelente monográfico dedicado al optimismo pedagógico. En total, cerca del 90% de los entrevistados, apelando a su propia experiencia, señalaron que el optimismo no era una virtud que adornaba a los profesores. Estos son algunos de los testimonios más significativos.

J.M. CENCILLO



J.M. CENCILLO

**“De todo habrá, como en botica, pero por experiencia propia... he conocido a pocos”** (Ana María, 25 años). **“Creo que actualmente se ha generado un clima social en las aulas y en general, que hace perder los optimismos personales”** (Maite, 38 años). **“Los hay, he conocido y tengo**

**experiencia de ellos, pero, lamentablemente, no creo que abunden”** (Bienvenida, 33 años). **“No. Se preocupan de hacer correctamente su trabajo y nada más”** (Marta, 21 años). **“No. Seguramente porque es más fácil no serlo y más cómodo”** (Alejandro, 18 años). **“Yo creo que hay pocos, pero sin duda son los**

**mejores”** (Miguel, 22 años). **“Creo que no, por lo menos en lo que muestran de cara al alumnado”** (Adrián, 18 años). **“Creo que podríamos preguntarnos también: ¿Abundan los buenos profesores? Un profesor sin optimismo, no puede ser profesor”** (Francisco Javier, 20 años).

avisa tras insinuar que de igual modo que el optimismo se contagia, con el pesimismo ocurre algo parecido.

Si se trata de eso, Cristina Hernández es una profesora tremendamente positiva, tanto como para que hayan sido algunos de los críos que la han tenido de maestra (“es la mejor”, dice una niña de 12 años expresando el sentir del resto), quienes hayan sugerido la conveniencia de hablar con ella. Algunos de sus alumnos de primaria están jugando ahora mismo un apasionante partido de fútbol en la plaza Sant Felip Neri de Barcelona.

Después de subir unas cuantas escaleras, se llega al aula donde imparte clase. En cada pupitre hay un mapa de Japón y una serie de círculos concéntricos que parecen reproducir el terremoto del pasado 11 de marzo. “Es importante aprender desde la emoción compartida. En clase tenemos un niño de Japón, así que hemos aprovechado para situar a su país en el mapa. Me sigo emocionando cada día al descubrir lo que supone para los niños aprender”, confiesa mientras se escucha un golpe tremendo en la puerta. Lo lógico sería pensar que se trata de un bisonte o cualquier

## EL CUERPO DOCENTE SE MOTIVA GRACIAS A LA VOCACIÓN PARA SU TRABAJO

“Es difícil animar a un maestro desmotivado. Tal vez se le podría decir que se fijara en los pequeños cambios positivos que trae el día a día. Pero lo que está claro es que un profesor desencantado no puede dedicarse a la enseñanza. Tengo dos hijos de 14 y 18 años y sé por ellos que los adolescentes odian las asignaturas que imparten los profesores apáticos”, advierte, tras citar algunas palabras que pueden utilizarse como conjuro para no toparse contra el muro de las lamentaciones: “flexibilidad”, “curiosidad”, “sentido del humor”, “proximidad” y “vocación”.

Si se trata de conocer bien a los animales, Sergio Calsamiglia, profesor de Producción Animal en la

otro animal en estado salvaje, aunque sin descartar la posibilidad de que sean varios niños pequeños extraordinariamente alegres por el hecho de que el reloj marque las 13 horas y acaben de finalizar las clases matinales.

facultad de Veterinaria de la Universidad Autónoma de Barcelona, es la persona indicada. Algunos de quienes lo han citado como ejemplo de profesor optimista, hacen extensible esa cualidad a otros miembros de su familia, en línea con lo que sugieren algunos estudios que cifran hasta en un 50% la importancia de la genética. Sin embargo, y aunque algunas investigaciones realizadas con gemelos concluyen que heredamos hasta el 50% del bagaje emocional (los ganadores de la lotería, por ejemplo, vuelven con el tiempo a su nivel previo de felicidad), hay una buena noticia: se puede aprender a ser optimista.

“En mi opinión, ser optimista es una actitud frente a la vida. Por lo que concierne a la educación, entiendo que significa tener inquietud, aprovechar los medios con los que se cuente, sean los que sean, motivar a los alumnos y conseguir que aprendan, que no es lo mismo que enseñar”, reflexiona Sergio Calsamiglia tras reformular una famosa frase de John F. Kennedy: “No te preguntes lo que el sistema educativo puede hacer por ti; pregunta lo que tú puedes hacer para que tus alumnos aprendan mejor”. “La mayoría de las veces”, prosigue, “el factor limitante es uno mismo.

► Existe cierta costumbre de enseñar recetas y fórmulas encorsetadas, cuando, en mi opinión, la clave para involucrar a los alumnos no es tanto dar una clase magistral, sino potenciar su análisis crítico y animarles a que tomen decisiones”, aprecia Calsamiglia.

Aunque no se ha dicho todavía, otra de las grandes cuestiones es si los profesores deben enseñar únicamente la materia para la que se les contrata o también han de impartir una serie de valores que, en principio, corresponderían a los padres. En esta categoría entrarían desde niños de 7 años que se quedan dormidos en clase porque sus progenitores les permiten quedarse hasta las tantas de la noche viendo la televisión, hasta adolescentes que fuman.

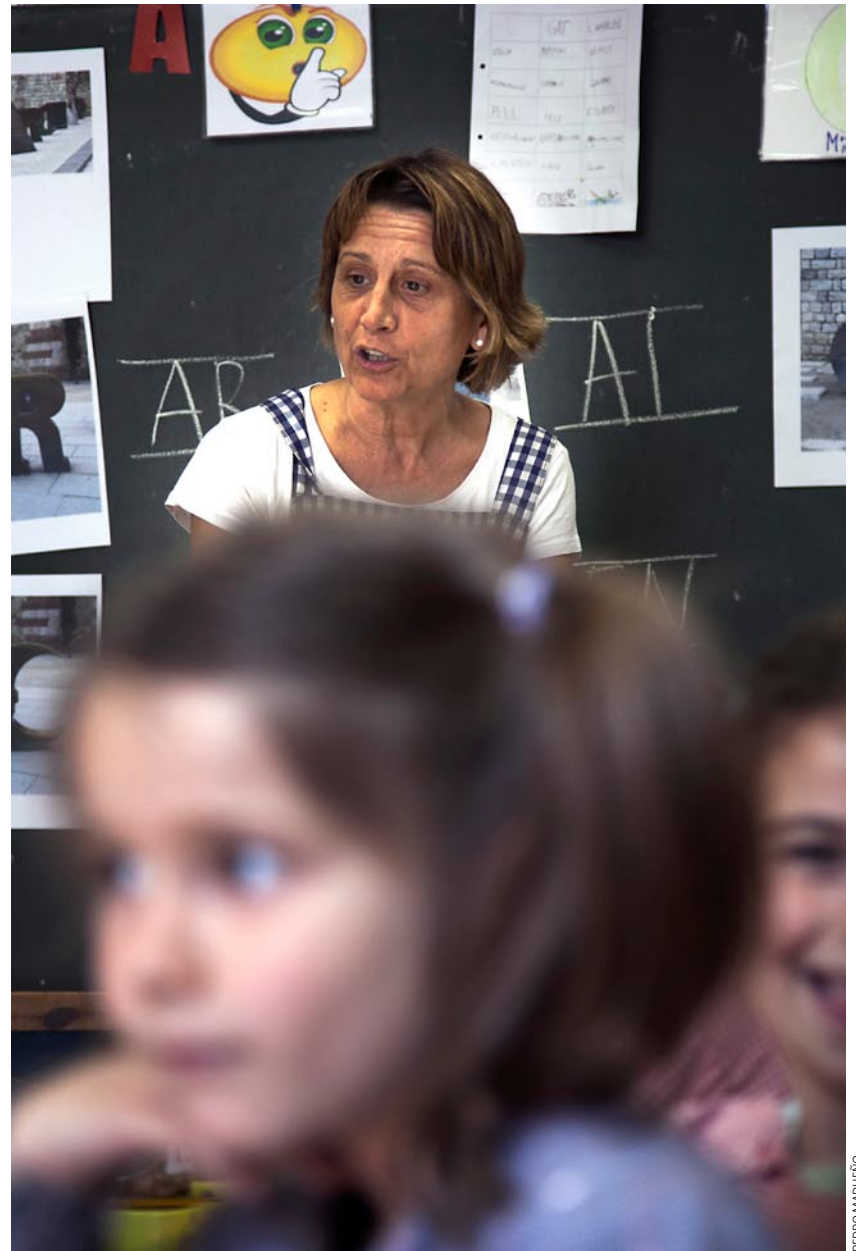
Rosa Mota tiene muy clara la respuesta: se ha de educar para la vida. Esta mujer de 60 años imparte clases de francés a inmigrantes y personas mayores en la Universidad Popular de Valencia, más concretamente en el céntrico barrio de Ruzafa.

Entre sus alumnos se cuentan musulmanes, sudamericanos y rusos, “personas sumamente agradecidas”, indica, que aprenden allí también a leer y escribir, así como una serie de valores universales: el respeto a la diversidad, la igualdad de sexo, etcétera. “Nuestra clase es la vida”, señala muy gráficamente Rosa antes de advertir que “el temario escolar nunca puede estar por encima de la persona”.

En ese sentido, los profesores optimistas son en la Universidad Popular de Valencia una inmensa mayoría, pese a contar con menos recursos y cobrar mucho menos que el resto del profesorado. Tal vez haber abrazado el principio fundacional de su profesión, esto es, hacer todo lo que está en sus manos para que sus alumnos se labren un futuro y sean felices, sirva para explicar la alegría que, cada vez que están con sus alumnos, dicen sentir Rosa y otra profesora llamada Lola, que la acompaña en la entrevista.

En cuanto a Vicente Pardo, es profesor de Formación Profesional en el IES Joan Fuster de Sueca (una localidad a orillas del lago de la Albufera situada a 32 kilómetros de Valencia) donde imparte varias asignaturas relacionadas con el montaje y mantenimiento de sistemas automáticos. A diferencia del resto de entrevistados, la vocación de Pardo no era ser educador (tiene el título de ingeniero, a la vez que el de historiador), aunque transmite la sensación de compartir el mismo código genético que los profesores optimistas. Su primero comentario es que a muchos profesores

**Cristina Hernández-García**  
profesora de primaria  
enseña en la Escola Sant  
Felip Neri de Barcelona.  
En su opinión, la clave es el  
aprendizaje desde la emo-  
ción compartida



PEDRO MADUËNO

les vendría bien conocer otro mundo distinto al que están acostumbrados. “La mayoría de los profesores de Formación Profesional procedemos de la empresa privada y lo llevamos mejor. Muchos educadores creen que trabajan más que los camioneros y cobran menos que los basureros. Pero es una percepción irreal”, indica Pardo que con anterioridad trabajaba en un laboratorio químico.

“Soy consciente de que no es lo mismo enseñar personas que han elegido lo que quieren estudiar, como sucede en la FP o en la universidad, que tratar con adolescentes que se sienten prisioneros, como ocurre en la enseñanza secundaria. Pero, al final, sólo hay un camino: intentar disfrutar con el trabajo e implicar a los alumnos en lo que enseñas. Si lo consigues, esta profesión es una maravilla”, declara.

Pablo Fernández Berrocal, catedrático de la universidad de Málaga, se encarga de poner el punto final al reportaje: “Los seres humanos”, dice, “somos optimistas no como un lujo, sino porque la propia evolución nos ha aconsejado tomar ese camino. En este sentido, ser optimista es una necesidad vital, tanto para manejarse en la vida como en cualquier profesión”. ■

LOS  
PROFESORES  
ASEGURAN  
QUE  
ENSEÑAR A  
APRENDER  
GRATIFICA  
MUCHO

